

Crónica de un día de gloria

El presidente de la república sale del edificio de Palacio de Gobierno, luciendo uniforme de gala de general de artillería. Mientras camina con su séquito por la inmensa explanada que se extiende entre el edificio y el enrejado de hierro que aísla por delante los dominios del Palacio, la guardia le rinde honores. Se abre la puerta del enrejado: el presidente de la república traspone el umbral y sale al exterior. Alejándose en línea perpendicular a la puerta, atraviesa la acera, luego la calzada y entra en la plaza mayor por una de las anchas veredas pavimentadas que entre jardines convergen en el círculo central donde se halla la fuente. Se acerca al círculo, lo orilla por la izquierda un largo trecho y, desviándose en ángulo recto hacia la izquierda, dirige sus pasos en dirección a un extremo de la plaza por otra vereda que discurre en trazo perpendicular a la lejana puerta céntrica de la catedral, cuyo grueso y pesado frontispicio, que semeja un gigantesco artefacto de ornamentos retorcidos, abarca

uno de los cuatro lados de edificios que miran a la plaza. Son las diez de la mañana, y el presidente de la república, en cumplimiento de un acto oficial que se repite con puntualidad todos los años, va a la imponente misa del Domingo de Resurrección. Forman el séquito los ministros de Estado, los miembros del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, los integrantes del Consejo de Justicia Militar, los miembros de la Corte Suprema de Justicia Civil, los jefes de organismos públicos con rango de ministros, los miembros del cuerpo diplomático y altas autoridades militares, políticas y municipales, que avanzan en nueve hileras distanciadas dos pasos una de otra. Manteniéndose a cuatro pasos delante, el presidente de la república camina con cierta rigidez agresiva, al parecer inevitable y tal vez adquirida en el mando de tropa, lo que contrasta con su alegre semblante, que no se sabe si es trasunto de un estado de ánimo o la expresión con que cree debe mostrarse públicamente en este día en que la iglesia católica celebra la resurrección de Cristo. Al fin deja la plaza atrás, cruza la calzada y en seguida la acera y comienza a ascender por delante de la catedral las tres gradas que conducen al atrio. Los dos extremos laterales de la explanada rectangular que forma el atrio se hallan cerrados a esta hora por grupos de espectadores, en su mayoría mujeres de rostro saludable y esplendente que exhiben carterón negro en la mano, mantilla oscura en la cabeza y una elegancia discreta en el vestir al parecer deliberada; no

hace mucho, en calles aledañas a la plaza, ellas descendieron de arrogantes automóviles y se despidieron con frialdad de sus choferes o los ignoraron. El presidente de la república culmina las gradas y empieza a desplazarse por el atrio hacia la puerta céntrica de la catedral. Las dos primeras hileras del séquito acortan el paso para tomar las gradas; la tercera, que no advierte la proximidad de estas y continúa al paso con que ha atravesado la calzada, tropieza con la que la precede y no puede evitar empujarla hacia adelante. Los miembros de la primera reciben en sus espaldas el peso de los cuerpos e intentan tomar las gradas con precipitación para no caer. Las hileras posteriores van chocando una contra otra; se produce un amontonamiento, luego una confusión de pasos y la parte delantera del séquito queda atascada sobre las gradas. El presidente de la república no advierte lo que ocurre y comienza a acrecentar la distancia que lo separa del séquito. Abriéndose paso a la desesperada por entre los espectadores, un hombre estremecido y cubierto de andrajos aparece en un extremo del atrio, se dirige a la carrera hacia el presidente de la república, le da alcance en el centro de la explanada y lo toma del brazo desde atrás intentando detenerlo. El presidente de la república se sobresalta, abre con desmesura los ojos y adquiere una palidez inadmisibile, al tiempo que sin detenerse ni mirar atrás, instintivamente aparta la cabeza a un lado e inclina el tronco hacia adelante, como si creyera que la desconocida

mano y el sordo rumor que ha llegado a sus espaldas anticiparan una agresión tan rápida que no le diera tiempo para volverse, sorprender el impulso agresivo y protegerse con seguridad. Pero el hombre, que tiene el semblante agostado, el tormento de la angustia en la mirada, ha estirado la otra mano hasta situarla con la palma abierta hacia arriba por delante del presidente de la república y está intentando decirle algo que sus labios no logran cuajar, presas de un temblor que sacude al hombre como si fuera a desarticularlo y que parece ser el signo de un debilitamiento físico permanente, agudizado ahora por el penoso esfuerzo que la carrera le ha demandado. Advirtiéndolo que la esperada agresión no ha llegado, el presidente de la república, sin abandonar la posición inclinada y huidiza con que avanza fatigosamente tirando de la mano que lo aferra, gira desconfiado y a sobresaltos la cabeza, mira por sobre el hombro y se da con el agostado semblante, con la dolorida mirada, con el trémulo intento de los labios y con todo ese cuerpo padeciente de andrajos que tiembla en sacudidas irrefrenables. Un enorme gesto de incredulidad cambia el rostro del presidente de la república, como si de pronto se hubiera puesto una máscara; al punto enrojece, intenta una sonrisa que se desbarata en el intento y acaba por confundirse. Pero no se detiene. Por entre el séquito, cuyas dos primeras hileras han aparecido en desorden sobre el borde del atrio, unos individuos se abren paso con violenta prisa y toman la explanada a la carrera,

los rostros desquiciados en airadas gesticulaciones, un hervor de perversidad en los ojos. Tienen el cráneo rapado hasta muy arriba de las sienes y la nuca, lo que les confiere una apariencia repulsiva, y lucen en las muñecas, en los dedos, en la corbata el amarillo chocante del oro dispendioso, de rigor en el acicalamiento embrutecido de rufianes y maleantes. Cogido aún por la mano, el presidente de la república se halla muy cerca de la puerta. El primero de los individuos que llega corriendo lo empuja desde atrás, con lo que al fin se libera de la mano en un impulso repentino que lo obliga a cubrir con aturdida prisa los tres o cuatro metros de atrio que tiene por delante y entrar en la catedral. El hombre de los andrajos da todavía dos pasos, con las manos en el vacío. Entonces empieza a emitir un extraño sollozo, una especie de canto anegado de dolor, que se oye como si fuera el lamento de la desdicha. El golpe de puño que recibe en la nuca lo enmudece y lo derriba. A ese envío brutal siguen los puntapiés de los demás individuos que luego llegan. El hombre es arrastrado, alzado y llevado en vilo con mucha prisa hasta el lado opuesto de la plaza. Lo introducen en un vehículo policial que se halla estacionado. El vehículo arranca, toma por una bocacalle y desaparece.

Al día siguiente los diarios de la capital, los canales de televisión y las emisoras radiales informaron al país de «un intento de asesinato contra el Excelentísimo Señor Presidente de la República, de parte de uno

de esos apátridas que quieren sembrar el caos para socavar la democracia e implantar esa ideología enemiga de la dignidad de la persona humana, dignidad que...»

Hubo, sin embargo, una excepción: un diario de la capital, cuya edición no pudo circular porque unos hombres de porte militar, pintarrajeadas las caras, armas de fuego en ristre, irrumpieron la noche anterior en la imprenta donde se imprimía, se incautaron de los ejemplares, destruyeron las matrices y secuestraron al director. El diario, que desde entonces no volvió a editarse, había impreso en primera plana: «Abatido por la miseria intentó pedir limosna al Presidente de la República».